

Sopa de Lluvia

Juane Gutiérrez

Image not found.

Capítulo 1

- ¿Sabes por qué esa roca en mitad del lago tiene forma de niño?
- No tiene forma de nada en especial. Las rocas no tienen intenciones.
- Aquí antes no había agua. Era un poblado.
- Ya veo —respondió—. Sufrió una inundación, desborde... y sólo queda la cima de un pequeño monte.
- No. Eso antes era un niño de verdad. Una niña concretamente. Recibió una expresión de desaprobación que continuó con un:
- ¿Te estás escuchando?
- Claro que sí. Déjame que te cuente:

Érase una niña con ojos resplandecientes por la limpieza de su interior. Reflejaba a todos los seres con quienes trataba. Pocos podían aguantar la mirada, revelados desde el interior.

Era tal su pureza que lo que deseaba se cumplía, aunque la niña pocas cosas deseaba, salvo comer con su familia cada día y coleccionar cucharas. Le parecía el invento más práctico de la existencia, casi superado por el tenedor. Si prefería las cucharas era porque podían contener lo que al tenedor se le escurría. Con una cuchara podía escoger cualquier líquido y transportarlo, sin excepción, y si se lo proponía hacía lo propio con diminutos objetos u otros materiales, como arena o gravilla ilusionada por viajar.

La niña era feliz, pero como en toda felicidad existía algún contratiempo ajeno. En ese caso era la sequía cada vez más extendida que assolaba la zona. Las grietas en los labios de los habitantes del poblado eran ya insoportables tanto en dolor como para la vista. Hacía tiempo que las sonrisas se lucían rotas. La niña miraba al cielo y como en un enigma en ocasiones hallaba una nube perdida. Alzaba la cuchara e intentaba recogerla, pero el cielo se resistía. Tenía que hacer algo, y por primera vez se planteó desear con fuerte propósito.

Como si de forma directa una antigua leyenda se lo hubiese contado al oído, agarró cordeles y se acercó al primer cajón de la cocina. Casi lo vació de un impulso, comenzando a atar cucharas donde las ventanas de la casa, creando cortinas y sombras en la pared. Se le acabaron las cucharas, y fue a comprar más. Sólo le daba para tres, y pidió prestada las favoritas de sus amigos. Prometió devolverlas más relucientes de lo que ya estaban. Menos robar, uso todos los sistemas que la imaginación de un niño puede alcanzar, lo que no es poco.

El interior de su casa parecía otro con todas esas líneas de luz atravesando entre hilos y cubiertos; todas las ventanas ensombrecidas con color metálico, idea repentina de la niña que ansiaba mostrar un resultado.

Pasaron días y le costó percatarse del cambio: la nube no se había ido en ningún momento. Parecía como si vigilara, o acaso observara por curiosidad en busca de amigos. Eso la animó a dar un paseo improvisado

por el pueblo, los mejores recorridos, y lo primero fue percibir que la casa de la vecina también poseía una cortina peculiar de cubiertos. Fue el inicio de una moda que alcanzó a todo el poblado. Pronto cada habitante tuvo su nube por la que velar. Aquella costumbre no ayudaba contra la sed, aunque animaba. Sería suficiente.

Fue entonces que llegó esa noche.

Hacía viento, de los impertinentes. Estaba furioso como nunca, y el sonido de un cristal roto sirvió de despertador para la niña. Ésta salió de su cama con terrible facilidad, y a cada paso hacia la ventana le pareció como si pisara esos mismos cristales en la lejanía. La ventana contenía más negro que de costumbre. Las estrellas no habían despertado, intuyéndose líneas y bultos inquietos en el cielo.

Una masa de nubes eternas.

La pequeña sonrió y todavía descalza se abalanzó a la puerta de su casa para salir y recibir a la lluvia. El exterior era frío y oscuro, llenado de los murmullos de la gente en sus puertas o ventanas, de las luces interiores que fueron lo más parecido a las estrellas en aquella noche con mal sueño. El cielo se había invertido, y las primeras gotas llegaron sin heraldos. Golpearon sin merced, y una gota fue metáfora en la curvada mejilla de la niña.

No se supo cuánto duró la lluvia, pero sí el resultado. En mitad del recién nacido lago había una especie de islote, y en éste una pequeña figura arrodillada. Cabizbaja e inmóvil, tan perpetua hasta que se hizo piedra. Quizá fuera su último deseo para no poder moverse jamás de allí, castigo para no olvidar de ninguna forma posible.

El silencio resaltó el final de aquella historia. Ambos se mantuvieron sin decir nada, observando las ondulaciones del lago; el contraste entre la arena más cercana al agua con la más alejada; la figura guardiana de una historia en mitad del azul...

—Como cuento no está mal. Como realidad fracasa, como todas las historias.

El que había narrado frunció el ceño y giró su rostro hacia su compañero. Se mantuvo sin obtener reacción:

—Tengo otra historia. Seguro te convence más.

—¿Ah, sí? —dijo y formó una sonrisa.

—Es de un tipo que los dioses lo condenaron a beberse un lago entero y con sólo la ayuda de una cuchara. Aunque fuesen siglos lo podía lograr, pero lo que nunca supo es que cuando iba a mear lo bebido formaba finos ríos que regresaban al lago.

El silencio floreció de nuevo. Uno de los dos se sintió inquieto:

—¿Y ya está? ¿Esa es la historia?

—Sí.

—Parece como si te lo acabaras de inventar...

—Pudiera ser.

Y no se dijeron más hasta que decidieron volver a casa.

Una vez en la seguridad del hogar, donde incluso la realidad no parece afectar, el escéptico rememoraba la historia de la niña. No sentía la

necesidad de hacerlo, y sin embargo no se iba de su mente las imágenes del infante con las cucharas, de la nube solitaria y en lo que llegó a convertirse el cielo...

Giró hacia la ventana de la cocina. Bajó la vista hacia el primer cajón y se acercó. A los minutos tenía colgada una cuchara en el marco superior. Sonrió por lo idiota que se sentía. Se mantuvo y no tardó en percatarse tras el cristal de la fina sombra que proyectaba a lo largo del cielo una nube solitaria debido al atardecer. El contraste de colores lo despertó de una sensación y lo encadenó a otra, lo que partió una sonrisa. Con mismo ímpetu, recuperó la cuchara y se dispuso a preparar la cena.

Esa noche decidió sopa, la cual tomó con la cuchara que había estado colgada. Le resultaron pesadas, tanto la cuchara como la sopa. El plato parecía muy hondo y el líquido más espeso que otros días. Siguió tomando hasta que se lo terminó con cierto empacho. Pronto habría que irse a dormir.